

NADAL

UIC
barcelona

Nadal 2019

RECULL DE
CONTES
DE
NADAL

EXTRA
ORDINARI

Solo un par de deseos
Paula Rodríguez Escriche
Guanyadora del Campus Barcelona

Queridos Reyes Magos,

Este año quiero que mis regalos sean para papá y mamá. Están muy tristes y les quiero dar una sorpresa. Para papá, la vieja cámara que perdió Carla el año pasado después de hacerse todas aquellas fotos en el parque de atracciones; le encantaba esa cámara. Y para mamá, un peluche de un oso panda, como el que tiene Carla encima de su cama. Últimamente mamá se encierra mucho rato en la habitación de Carla y el peluche ha cogido un color oscuro.

Antes cuando llovía mucho me tumbaba con Carla y me dejaba el peluche para que lo abrazara y no tuviera miedo. Pero ya nunca está en casa. Ahora ya no vive aquí. Dice mamá que donde está ahora es mucho mejor: está con el yayo Paquito, en una casa que siempre huele a galletas de naranja y chocolate (las favoritas de Carla), llena de peluches y además ¡no tiene que ir al colegio!

Bueno, ahora que lo pienso, quiero pedir algo. Quiero una máquina del tiempo con un montón de botones que brillen y hagan ruido. Pero, sobre todo, quiero que me lleve al pasado y jugar otra vez con Carla, que me vuelva a ayudar con los deberes, me riña cuando haga algo mal y, especialmente, repetir todas las noches en las que me metía en su cama. Cuando papá y mamá ya duermen, voy de puntillas a la habitación de Carla para ver si ha vuelto; me meto en su cama y espero abrazando el peluche a que regrese, pero nunca lo hace. Si vosotros podéis repartir tantos regalos en una noche, seguro que también podéis hacer que vuelva con vuestra magia.

Pero esta vez, ¿la acompañaréis para que no le hagan daño?

Pedro

El principito (Capítulo 24.2)
María Sonsoles Tintoré
Guanyadora del Campus Sant Cugat

—Son maravillosas las cosas que cuentas, pero se nos ha acabado el agua y no hemos encontrado el pozo.

Se quedó callado, no parecía que a él le preocupase la sed. Seguíamos divagando por el extenso desierto hasta que cayó la noche. Brillaban las estrellas.

—Esa que tanto ilumina... ¿La ves? Es todo por una flor —dijo el principito rompiendo el silencio.

Asentí

—¡Sigámosla, te la presentaré!

De repente se llenó de energía y comenzó a andar. Esta vez lleno de seguridad, como si siguiese un camino definido. Yo solo esperaba que allí donde me llevaba hubiese agua.

...

—Y la flor? —dijo el aviador.

—Nos hemos perdido, este no es el planeta de mi flor. —contestó el principito.

Se giró y añadió:

—¡Qué precioso su niño, señora!

Era una cueva iluminada, dentro una hermosa joven acunaba a un recién nacido. A su lado, un varón, no mucho mayor que ella, mantenía el fuego encendido.

- Mira, allí hay un pozo, ya tienes tu agua —indicó.

El pozo ya poco me importaba, la sed había desaparecido y una extraña paz había invadido mi corazón.

- Es el niño lo que hace a la estrella ser la más bonita, pero lo esencial en él es invisible—susurró el aviador al principito.

Universitat Internacional de Catalunya

Nadal 2019

Recull de Contes de Nadal

- Perdona niño que nada traigo, solo una bufanda y amor para adorarte. Ahora sí, iré a encontrar a la flor para que puede ella también darte su amor.

Vuelta a casa

El frío era devastador y no llevaba guantes. Simulé la forma de un ovillo con mis manos, los acerqué a mi boca y expiré aire caliente entre los pulgares. Ahora tenía las manos calientes. Reanudé la marcha y me dirigí a lo que reconocía como mi hogar. Ni el viento helado, ni el doloroso golpeteo del granizo en mi cara iban a desviarme de mi objetivo. Pude discernir las luces anaranjadas de casa. El humo salía por la chimenea y contrastaba con el paisaje nevado. Demasiados años había pasado lejos de allí.

A pesar del medio kilómetro de carretera que había entre mi hogar y yo, fui capaz de reconocer el olor a estofado que siempre preparaba mi abuela. También la sopa. «El caldo de Nadal», decía ella. Mientras me acercaba con paso firme, un cálido y nostálgico recuerdo invadió mis pensamientos: las cenas navideñas en familia, la construcción del Belén con mis primos pequeños y aquello que siempre me recordaban mis padres: «¿por qué siempre antes de romper a llorar te rascas la nariz?». Después de todo este tiempo, no pude más que sentirme dichoso por tener la posibilidad de reencontrarme con mi familia. La pesadumbre de mi corazón se desvanecía. Llegué a mi destino. Llamé al timbre. Esperé. La puerta se abrió y todo oscureció de golpe.

Mi turno había terminado. Dejé las gafas. Una cola interminable esperaba tras de mí. Un cartel luminoso rezaba: «Haz realidad tus sueños con las nuevas gafas de realidad virtual». Observé a mi alrededor y luego me observé a mí. Llevaba la ropa hecha jirones. Volví a ser el de siempre. Recogí mi hatillo, raído por el paso del tiempo, y marché a por mi ración diaria de comida. Entonces fue cuando sentí un ligero escozor en la nariz.

La màgia de Nadal

Era el dia de Nadal i el Pol es despertava feliç. Un dia màgic per a ell, el seu setè Nadal. En obrir la finestra va veure aquells floquets de neu que sempre li dibuixaven un somriure. Va baixar al menjador corrent, tot il·lusionat, a veure els regals que li havia portat el Pare Noel al peu de l'arbre seguint la tradició de cada any a casa seva. De cop i volta tot va fer un gir inesperat: va sentir la seva mare cridant i el seu pare parlant per telèfon. En Pol, tot preocupat, no entenia res, només va sentir la paraula hospital i es va espantar.

En poc més de cinc minuts van arribar els seus avis i li van dir que no es preocupés, que la mare estava bé però que havia d'anar a l'hospital amb el pare. Tot i la incertesa per no saber què estava passant el Pol, va obrir els regals, aquest cop no amb aquell somriure que tant el caracteritzava.

Al cap d'unes hores els seus avis li van dir: vine et portarem a un lloc a veure el millor regal que pots desitjar per Nadal. Tot intrigat, va saltar al cotxe sense pensar-s'hodues vegades i en un tres i no res van arribar a una habitació de la tercera planta de l'hospital.

Allà l'esperaven els seus pares amb el millor regal que mai s'hagués pogut imaginar: l'Anna havia nascut. Aquell nadó que havia portat la seva mare durant nou mesos a lapanxa i que creixia cada dia una mica, havia nascut i per al Pol va ser sens dubte el millor regal.

Perdón

Siempre tan ocioso, con tantas cosas que hacer. Yendo de un lado a otro, sin detenerse a pensar. Perfeccionista y metódico, no se le escapaba ni un mínimo detalle. Así era la vida de Alejandro. Un joven de 25 años, graduado en Economía hacía apenas dos años. Consideraba que aquel era su gran año. Había encontrado un hueco en el mundo laboral y eso, en los tiempos que corren, era una importante para alguien como él.

Se acercaba la Navidad, las fiestas que tanto anhelaba. Era una tradición que se reuniese toda la familia en su casa. Un entorno entrañable de risas, comida, miradas, conversaciones, villancicos, familia... Este año, sin embargo, Alejandro sentía un vacío. Aunque intentara poner una venda a esa pequeña herida, ésta seguía supurando. Días antes de Nochebuena Alejandro recibió un gran regalo de navidad. Escuchó a un buen amigo hablar del perdón. De aquellas palabras comprendió que éste va indisolublemente unido al amor. Y entendió, a su vez, que a su vida le faltaba el perdonar; perdonar y sentirse perdonado.

Desde hacía un año que Alejandro no se dirigía la palabra con uno de sus hermanos a consecuencia de una tonta disputa. «¿Voy a permanecer más tiempo así por una cuestión de orgullo?», pensó Alejandro. Sabía que no podía demorar la respuesta. Entonces, se dirigió a casa de su hermano. Cuando este, sorprendido, le abrió la puerta, sonrió y ambos se fundieron en un abrazo. No era necesario decir nada más, ese abrazo era un signo de perdón.

Aquel reencuentro basado en el amor fue, sin duda, el mayor regalo recibido por Alejandro. ¡Qué importante es amar al prójimo y sentirse amado!

Ojalá por muchos más

Suena el despertador, aunque ya estaba despierta. Da igual que sea 24 de diciembre, mi reloj interno no diferencia entre días laborables y festivos. Me levanto. Ducha y desayuno. Menos mal que hice la maleta anoche, porque otra vez se me ha hecho tarde sin saber en qué he perdido el tiempo. Y allá voy, con la maleta y la mascota, como un burrito, a coger el tren a casa, a mi ciudad natal. Como todos los años. Es lo que tiene irte fuera por trabajo. Es “lo que toca en estos tiempos”.

Qué bonitas están las estaciones estos días. Familias dándose abrazos. Parejas besándose. Perritos saludando a sus dueños. Pero por favor, un hueco. ¡Quiero encontrar a mis padres! Corriendo a casa. Como todos los años, cenaremos en casa de mis tíos. Como todos los años, cenaremos capón. Es lo que tienen las tradiciones, no se cambian pase lo que pase. Llueve o nieve. Da igual. La nochebuena para mí tiene sabor a capón y compota de manzana. Bendita compota de manzana.

Nos arreglamos y vamos de camino. Mentira, sí hay cosas que cambian. Este año llevamos a mi abuela en silla de ruedas. A veces (cada vez más) se olvida de cosas, pero siempre dice “que me lleve la chiquilla, que me lleva deprisa y me gusta y nos reímos”.

Llegamos a casa de mis tíos. Besos y abrazos. Todos bien, todos muy contentos. Comenzamos a cenar. Risas y videoconferencia con los que están lejos. No, por favor, no saquéis las panderetas, eso nos lo podríamos ahorrar este año. Tarde. Otra vez.

Y vuelta a casa. En la cama de cuando era niña. En mi cuarto con mis posters. Y me duermo, pensando: “todos los años igual, pero ojalá siga así por muchos más”.

La sorpresa

Era 23 de desembre quan l'avió de l'Abril va arribar a Barcelona des de Sydney. Ja feia vuit mesos que havia marxat i per tant que no veia la seva germana Cèlia i no podia tenir més ganes de tornar-la a veure.

La Cèlia portava deu anys fent Pastorets al teatre del seu barri, a Gràcia, però per raons laborals aquell seria el seu últim any. L'Abril sabia que aquell 23 de desembre seria un dia molt especial per la Cèlia i va voler sorprendre-la anant a la representació. Com que no volia que la seva germana la veiés i es distraqués durant l'obra es va asseure a les últimes files.

Després dels dos actes de l'obra, els actors van sortir a saludar i l'Abril va ser la primera espectadora que es va aixecar per aplaudir-los. La Cèlia mentre agràia els aplaudiments la va veure allà, dreta, amb un somriure a la cara i llàgrimes als ulls. No va poder evitar emocionar-se ella també i va baixar corrents pel mig del públic per retrobar-se amb ella.

La Cèlia li va preguntar:

- Què hi fas aquí? Pensava que encara eres a Sydney.

I l'Abril li va respondre:

- Com volies que em perdés un dia tant important com aquest. de veritat creies que no passaria el Nadal a casa?

Es van abraçar les dues i van notar com un cop es va tancar el teló totes les mirades del públic van posar-se sobre elles.

El milagro de la Navidad

A unas horas de la navidad, los copos de nieve comenzaban a caer y ellas estaban tan cerca de las estrellas como tan lejos de las luces del pueblo, muy arriba en la montaña Julia sentía que tenía lo más importante de su vida, sus hijas. Preparando la sopa que cenarían aquella noche especial, veía lo más positivo en lo más triste, lo más grandioso de lo más simple, pero muy adentro de ella hubiera deseado cambiar aquella soledad por unas risas demás.

Sigilosamente las personas del pueblo comenzaban a subir, portaban pasteles, dulces, comida y regalos, porque Julia nunca más estaría sola, ellos formarían parte de su familia. El pueblo tenía una norma y quien entraba allí, sin ninguna condición, formaba parte de ellos, del pueblo Parker.

Terminando de arreglar el cabello de sus hijas, dándoles un enorme abrazo y diciéndoles que las amaba, les regaló, sin querer, el más valioso aprendizaje de vida, el valor del verdadero amor, la grandeza de las cosas simples, la felicidad.

Pero aquella noche solo estaba empezando y entre cánticos navideños, Julia y sus hijas bajaron las escaleras inmediatamente para encontrarse con aquellas personas que daban sin pedir, sabiendo que la navidad no es para estar solos, sino para compartir, para amar, para disfrutar porque era un día especial.

Julia abrió la puerta de su humilde hogar y mientras todos comenzaban a entrar, llorando de felicidad, agradeció a Dios por las bendiciones que estaban recibiendo y comprendió que nunca más volverían a estar solas porque el amor que estaban recibiendo era tan grande, como el sinfín de estrellas que rodeaban aquella noche maravillosa, aquella noche milagrosa, aquella noche inolvidable.

En mi humildad de pastor

He salido a pasturar el rebaño de Jeremías, como siempre cuando el Sol usurpa la oscuridad y se sienta sobre el trono. Me recuesto sobre la hierba para esperar a que las ovejas coman un poco. “Mi vida es ‘apasionante’ y lo que ‘me da el pan de cada día’ dicen mis padres. Yo aquí y mis amigos en Jerusalén estudiando y oyendo cada día a los Maestros” digo indignado para mis adentros. A los diez minutos, avisó a las ovejas para irnos.

Llegamos alrededor de una hoguera donde hay más pastores entrando en calor en este gélido invierno de Judea. De pronto, el viento se para y el cielo se ilumina como si de mil relámpagos se tratase. Aparece en medio de nosotros una figura humana, blanca como la nieve y envuelto de una luz cegadora. Su voz es melosa como el sonido del arpa. -¡Paz a vosotros! Os ha nacido el Salvador en Belén, que es Jesucristo vuestro Señor! Id pues a adorarle -

La figura desaparece como ha venido. Todos nos miramos estupefactos y nos preguntamos si no habrá sido un sueño. Vamos corriendo aun sabiendo lo que tenemos de camino. Llegamos a un humilde pesebre, donde se encuentra una bella mujer junto a un hombre con una mirada apacible. Y en medio de ellos vemos a un niño recién nacido, hermoso y frágil a la vez.

-¿Será que es el Mesías?-

Su madre lo toma en brazos y me lo da. No puedo contener las lágrimas al sostener al Hijo de Dios. Solo me salen palabras de agradecimiento por todo lo que me ha dado. Y entonces me doy cuenta de lo que me han dicho siempre mis padres. Mi vida es apasionante ya solo por haber tenido a Jesús conmigo una sola vez.

Generaciones llenas de regalos

Gustavo Noel se despedía de su última navidad como cabeza de trineo. Después de años de fiel servicio, el abuelo de la familia sería retirado del cargo, dada su avanzada edad. De mientras, su hijo Simone leía, estudiaba y repasaba las quinientas cuarenta y dos reglas que debía cumplir para ocupar ese puesto. Un puesto hereditario, que se pasaba de generación en generación desde hacía siglos.

El problema era que el pequeño de la familia, siempre andaba un poco despistado y no había aprobado ninguno de los exámenes Noel. Solía perder sus libros entre la nieve, bailaba con los renos y no le gustaba vestir de rojo. No era consciente de lo que ese puesto suponía para miles de niños que a pocos meses de la navidad pasada ya preparaban las cartas para la siguiente, la que sería la primera navidad de Simone.

En un abrir y cerrar de ojos, las primeras cartas empezaron a llegar en casa de los Noel. Había llegado el gran día. Simone, se despidió de su querido papá y con su trineo cargado de regalos emprendió su viaje hacia esos pueblos llenos de niños y luces que solía ver en los libros de aprendizaje. Simone, después de unas largas horas de viaje, se quedó dormido en el interior del carro.

Los renos, muy poco entrenados, empezaron a tirar en dirección contraria con mucha fuerza. Al día siguiente, el pequeño Noel se despertó en un pueblo un tanto solitario. Un sitio que no parecía lo imaginado: no había luces, ni coches, ni siquiera carreteras. Simone dejó los regalos cerca de una casita de barro que ponía: "los niños pobres también tenemos derecho a la navidad".

De repente, una gran multitud de niños sin zapatos, salieron corriendo de sus pequeñas casas y abrazaron al nuevo Papá Noel.

Polo norte

Las calles estaban vacías, el helado invierno había invadido la ciudad y ni una sola alma tenía el suficiente valor de caminar por las blancas calles. Por suerte Albert se encontraba acurrucado frente a la chimenea junto a un montón de recuerdos por todo el suelo y sosteniendo una taza de café, ambas cosas lo embriagaron. Era una velada magnífica con él mismo, haciendo balance de otro año que pasó volando frente a sus ojos. Albert se sentía extraño y no dejaba de mirar la helada pared, repentinamente de sus ojos empezaron a brotar lágrimas que se convertían en carámbanos antes de tocar el suelo. Tras limpiarse el rostro con un ligero movimiento de brazo, despertó de aquel ligero trance y frente a él se abrió un inmenso mundo de color y calidez. Frente a él había una alargada mesa de madera de nogal que ocupaba todo el salón. Él estaba sentado mirando a todas aquellas personas que ocupaban la mesa, ante sus ojos eran todos desconocidos pero ellos le sonreían y se reían junto a él como si le conocieran desde hace tiempo. Tras permanecer unos breves instantes con aquellos que para él eran desconocidos comprendió que era su familia. Y de este modo una sonrisa surgió en su frío rostro, una sonrisa que duraría hasta el final de aquella divertida noche.

Somiar en positiu

Puja al tren. Exhaust, elegeix un seient proper, ja que no pot caminar gaire més.

Rondina i creua mirades de ràbia amb els pocs passatgers que hi ha al vagó. Ha estat un dia dur a l'hotel. Els clients l'han fet anar de bòlit. En Carles, però, pensa amb la gran nit de Nadal que l'espera, a casa amb la seva xicota.

El tren arrenca. De sobte, un infinit pes cau sobre les seves parpelles. S'adorm. I somia.

Apareix el Pare Noel assegut just davant seu i li diu:

“Bona nit Carles. Fas cara de cansat. És normal, són dies de molta feina. Te'n recordes, però, de com estaves fa just un any? Sense feina i sense ningú al teu costat amb qui passar una nit tan especial com aquesta? Si, oi? Com han canviat les coses. Me n'alegro molt.

Saps per què en els darrers mesos ha millorat la teva situació tant en l'àmbit personal com professionalment? Perquè has cregut en tu mateix i has sigut positiu. És el gran secret per tenir èxit.

Mira't ara. Amb feina, amb parella, ... Els pensaments positius atrauen els desitjos que cadascú té.

No rondinis tant, home. Valora el que tens i el que has aconseguit. Has de seguir lluitant i tot anirà bé. Endavant que tu pots.”

De cop i volta en Carles es desperta. Recorda perfectament les paraules del Pare Noel i pensa a reflexionar-hi mentre s'acosta a la seva parada.

Pren consciència de la seva situació actual envers la de fa un any i, al mateix temps, decideix que a partir d'ara serà més agraït amb les persones que l'envolten. És la

Universitat Internacional de Catalunya

Nadal 2019

Recull de Contes de Nadal

màgia del Nadal. Intentar passar, malgrat els problemes i els maldecaps, uns feliços dies amb la gent que t'estima. Bones festes.

La Navidad de Rodrigo

Esta es la historia de un niño huérfano llamado Rodrigo, que vive en un pequeño pueblo llamado Hogsmendel. A Rodrigo le apasiona la navidad. Él considera que es una época maravillosa en la que la familia se reúne y todos los problemas se dejan de lado para disfrutar de la buena compañía. Pero como se ha dicho anteriormente, Rodrigo era huérfano y no tenía familia.

Como cada año, el 20 de diciembre, su escuela organiza una salida a la ciudad de Townymeid. Esto a Rodrigo le encanta, puesto que va a poder disfrutar un año más de los tradicionales churros con chocolate caliente de la antigua churrería "Bogibup". Además, podrá decirle a Papa Noel el regalo que quiere para este año. En el orfanato les dejan pedir un regalo así que él decide pedir unos zapatos nuevos.

Rodrigo estaba muy ansioso esperando en la cola de los churros, pero cuando gira la cabeza, ve a un niño chutando la pared. Este además de estar enfadado y descargar su violencia con la pared, empieza a quejarse de lo injusta que es la navidad. Rodrigo, atraído por la situación, decide abandonar la cola de los churros. Se acerca al chico y le pregunta por el motivo de su enfado.

Este le responde que es injusto que quiera siete regalos y que sus padres solo le dejen pedir tres. Rodrigo, tras oír sus palabras se pone a reír y le pregunta, "para ti, ¿qué es la navidad?". A esto, el chico le responde: "¡regalos! ¡Papa Noel trae regalos, eso es la navidad!".

Tras oír esa respuesta Rodrigo decide explicarle cómo ve él la navidad. Le explica al chico, que la navidad no es materialista, es un sentimiento. Un sentimiento de perdón, de agradecimiento. Es una muestra de amor, de cariño y afecto. Es estar en familia, todos juntos delante de la chimenea cantando villancicos. Y si a él le parece injusta su navidad, que al menos no rompa sus zapatos, porque es lo único que le falta para hacer de su navidad, la perfecta navidad de Rodrigo.

El chico, tras descubrir lo que realmente merece la pena y lo difícil que es para Rodrigo tener una navidad como la que él tiene, se conmueve. Le da las gracias por alegrar sus penas y le propone celebrar la navidad en su casa, junto a su familia, delante de la chimenea y cantando villancicos. Esa fue, sin duda alguna, la mejor navidad de Rodrigo.

Un giro navideño

En una casa no muy lejana de donde ahora vivo. Hace ya unos años vivía un hombre muy mayor. Este tenía la barba larga y blanca y siempre vestía con un traje rojo y con toques blancos.

Además, poseía un trineo y junto a este ocho renos que tiraban de él cada nochebuena. Lo que no me esperaba yo, una niñita de seis años, que llegaría el día en que conocería a Papá Noel.

Todo empezó el día de nochebuena por la mañana, estaba con mis padres y mis dos hermanos en la sala de estar bebiendo chocolate caliente y viendo una película navideña. Tradición que hacemos cada año sin falta.

Estaba tan metida en la película que cerré un momento los ojos y cuando los abrí ya no me estaba en mi casa. Miré a mi alrededor y me encontraba debajo de una especie de colina bañada completamente por la nieve. Observé el paisaje, era como el de la película que estaba viendo con mi familia hacía un minuto. Alcé la vista y vi que arriba de la colina había una pequeña cabaña toda decorada de navidad.

Decidí ir a explorar qué secreto podía haber en esa cabaña, cuando al fin llegué arriba del todo. Llamé a la puerta, al cabo de unos minutos vino una personita pequeñita a abrir. Me quedé parada, era un elfo de Papá Noel. Este me dijo que entrara porque fuera hacía mucho frío.

Entré y vi que había muchos regalos por en medio, choqué con algunos debido que estaban allí tirados por todos los lados. Lo que no me esperaba era que al final de la cabaña había un hombre viejo contando los regalos. Cuando se dio la vuelta, me quedé en shock, era Papá Noel. Fue ver su cara, cerrar los ojos y volver a mi sofá, delante del televisor viendo la película con la taza de chocolate caliente. Mi futuro ya no sería igual desde ese día.

¿Papa Noel?

Empezó la navidad como los anteriores años. Árbol en la esquina con sus luces, pesebre en la mesa de comedor y calcetines colgados en la enorme chimenea. Bajé a desayunar mis galletas con leche. Al bajar no vi el árbol pero no le di más importancia. Entre a la cocina y encendí las luces. Me encontré a un hombre más bien gordo y con barba, en un batín rojo comiendo mis galletas. Primero me quedé mirándolo estupefacto. Luego reaccioné y me di cuenta de quién era. Fui corriendo y le abrace. No me lo podía creer, era él, y estaba en mi casa. Le acompañé en un sepulcral silencio hasta que terminó de comerse las galletas. El no paraba de mirarme, parecía más nervioso que yo. Tampoco me extrañó que estuviera nervioso, le acababa de descubrir un niño de 7 años. Una vez acabadas las galletas y el vaso de leche me sonrió y salió por la ventana. Yo no me podía creer lo que acababa de pasar, así que fui a contárselo a mis padres. Al salir de la cocina me di cuenta de que junto con el árbol había desaparecido la televisión, el reproductor de música, y esa noche no había ni árbol ni regalos en el salón. Me quede quieto y escuche el sonido de la calle de un coche quemando neumático para escapar a toda velocidad.

Mágica Navidad

En el pequeño pueblo de Meltinvil, ubicado a las afueras de Texas, se encontraban los Hooler que eran los últimos recién llegados para empezar una nueva vida allí. Estaban acostumbrados a vivir en la ciudad, pero tras haber subido los precios de las viviendas ya no se podían permitir pagar el piso con el sueldo que tenían. El señor Hooler trabajaba hasta con horas extras en una fábrica multinacional, mientras que la señora Hooler se ocupaba de cuidar a sus dos mellizos de cuatro años. Cuando llegaron a Meltinvil sus vecinos de al lado no podían evitar odiarlos por la rivalidad que había entre ciudades y pueblos. Los Guliberg no eran muy amistosos, pero vivían felices con sus dos hijos de cinco y siete años que para ellos eso era lo importante.

Una mañana de invierno el pueblo entero estaba cubierto de nieve. Tanto los niños de los Hooler como los Guliberg se pusieron a hacer muñecos de nieve juntos fuera de casa. El señor Guliberg al ver por la ventana de su casa que jugaban juntos, empezó a regañar a sus hijos y se los llevó adentro de casa. Sus hijos nunca entendían nada y siempre querían jugar con nuevos amigos. A los pocos días el señor Guliberg encontró en la mesita de la habitación de los niños una carta que ponía para Papa Noel. La leyó pensando que habrían pedido muchos juguetes, pero solo vio una cosa escrita que le hizo pensar sobre él. Se dirigió a la casa de los Hooler y decidió invitarles a cenar para el día de Navidad. Las dos familias se empezaron a llevar más de lo habitual y la familia Guliberg tuvo más amigos descubriendo la verdadera felicidad.

Así fue, como el deseo para Navidad de los hijos Guliberg se cumpliera.

Sopló sopló sopló y la hoja cayó.

Esa fue la definición que perduró en la memoria de Toni cuando trataba de describir qué es la navidad para él. Un verso de un poema. Nada de imágenes cálidas, regalos singulares, situaciones cómicas o visitas de familiares sin previo aviso. Hasta los 17. Fue por aquel entonces cuando emprendió por primera vez un proyecto solidario junto a un amigo del barrio después de alejarse de las constantes discusiones familiares. Se trataba de convivir con los mendigos durante nochebuena. A pesar de no poder ofrecerles grandes y costosos obsequios les prestaban su humilde compañía durante una de las noches más alegres y familiares para muchos, frías y desoladoras para otros tantos.

Miró a su móvil, las 20:00. En teoría deberían estar llegando todos. Qué frío hacía en la plaza, gente a su alrededor observando escaparates bulliciosos y colas, muchas colas. Niños señalando a todas partes, billetes intercambiándose y músicas procedentes de los comercios de alrededor. Un silbido tras de sí y un suave Toni disparado al aire. Ahí estaban. Los cuatro viejos conocidos junto a Rubén, charlando entre risas y turnándose para abrazarse. Jacinto les soltó que hoy tocaba cenar en el Foster's. Todos accedieron de buena manera, a pesar de ser la misma opción que escogieron en los últimos años.

Comida caliente, bebidas frías, muchas sonrisas, conversaciones a medio terminar con prisas para empezar otras. La cena pasó deprisa y salieron para dar una vuelta. Cruzaron muchas calles desiertas donde la mayoría de los establecimientos ya habían cerrado. Con paso lento y tono amable cada uno se fue por distintas calles hacia distintos destinos, entre repetidos agradecimientos. Habían acordado verse más a menudo, a poder ser en el mismo local, a todos les pareció bien. Toni y Rubén se dieron un abrazo tras comentar la tradición y volvieron a su hogar. Llenos de la barriga y del espíritu.

El origen de una canción

—Rudolf, ven aquí. —mi jefe me llama desde la entrada del pequeño establo de madera. Parece más gordo bajo el grueso abrigo rojo del trabajo. Me acerco. — ¿Te encuentras bien?

No le contesto. ¿Cómo se lo digo? Cada año igual, me atan a un trineo gigante, me dan tres golpecitos y me llevan a dar la vuelta al mundo entero. No me puedo quejar, no todos los días puede uno sobrevolar Groenlandia, América, Europa, África, Asia y Oceanía en una noche. Lo malo es que... ¡Vamos muy rápido! Y a mí me gustaría parar a visitar Nueva York.

—Sí. —Miento.

—No—me alza el hocico — algo te pasa... —le miro y suspiro.

—Me gustaría parar a la vuelta. —declaró mientras suplico con la mirada.

—Cada año igual... Sabes que no podemos. —cruzado de brazos, me mira con cariño y dice —Anda vuelve con los demás.

Al día siguiente, pasamos por Nueva York. Me encanta. La estamos dejando atrás cuando el trineo para de golpe. Me giró sorprendido.

—Anda, ve. —mi jefe sonrío y señala a la ciudad. — Diez minutos, ni uno más.

No me lo puedo creer, bajó a toda velocidad, directo a Central Park. Me escondo entre los arbustos y alzó la mirada. Wow.

De pronto, algo se mueve a mi lado...

—Ru-dolf ¿Es tu nombre? —me han visto. Tapo mi placa y me giro. Es un niño. Helado admito con la cabeza. - Rudolf the red nose reindeer. ¿Qué haces aquí?

Genial... Me tengo que ir, no me tendría que haber visto. Bueno, al menos he tenido la oportunidad de verla de cerca. Sin decir una palabra alzó el vuelo. A mi espalda oigo al niño cantar mi nombre. Cómo mi jefe le oiga... ¡La gracia que me va a hacer si esta canción sale a la luz!

Feliz Navidad

No podía haber rincón alguno donde hubiera polvo. Limpiaba sin parar cada recoveco donde los empleados lanzaban sus desechos. Ninguno saludaba cuando llegaba o se despedía cuando se iba. Pero todo cambió un día.

Al llegar la Navidad, la oficina cerraba y yo me quedaba atrapado en estas 4 paredes haciendo horario nocturno para poder ganar más dinero. Las paredes negras intensificaban la oscuridad y el vacío que había allí. Cuando las nevadas aumentaban, la luz se cortaba. Durante la nevada de la noche del 25 de Diciembre, un destello iluminó toda la oficina. Pensé que estaban lanzando cohetes pero la luz provenía de adentro. Se dirigió rápidamente al pasillo central. De pronto, se apagó y la luz de emergencia se encendió. Había un hombre de pie, creí que había entrado a robar, pero luego me percaté que era uno de los trabajadores que se había olvidado las llaves. Antes de irse, dibujó una sonrisa en su rostro y me deseó feliz navidad. Algo se le había caído del bolsillo, me apresuré en devolvérselo pero ya no estaba. Era un billete de lotería, caducaba mañana así que me lo guardé para canjearlo al finalizar mi turno.

Al día siguiente me desperté inconsciente en el suelo. Todo estaba limpio. El brillo del suelo parecía un espejo, y las paredes negras estaban más iluminadas que nunca gracias a la luz que rebotaba del suelo.

Cuando salí de trabajar fui a comprobar si había algún premio. No me lo podía creer, acababa de ganar un billón de euros. Sabía que no me pertenecía, así que volví a la oficina para devolvérselo a su dueño. Cuando llegue eché un vistazo en las cámaras de seguridad a las cuales tenía acceso pero no encontré ni un solo rastro de él.

Negra Navidad

Astrid y su hermano, miraban los verdes prados y las montañas nevadas del frondoso paisaje que se podían ver a través de la ventana del coche. Un viaje mágico en familia les esperaba a los cuatro. En la parte delantera Charlotte, la madre, seguía configurando el GPS, a la vez que su marido Aldo le hacía tiernas caricias en la pierna izquierda. Cuando volvió a sentarse y se abrochó el cinturón, las caricias pasaron a ser arañazos y en cuestión de segundos la mano de su marido empezó a apretar su pierna y notó como si cinco cuchillos se clavasen en su huesuda rodilla. Miró a los ojos de Aldo, que estaban completamente perdidos, el coche que tenían a su lado empezó a tocar el estridente sonido del claxon. El monstruoso ruido se metió dentro de la cabeza de Charlotte cuando vio de reojo su marido con espasmos en la cara clavando el pie derecho en el áspero pedal del freno. El estruendo de ruidos culminó con un golpe seco del coche contra un grueso árbol que permaneció inmóvil tras el accidente.

Al llegar intactos a la majestuosa casa, trataron de entender que le había pasado a su padre, pero él seguía sin recordar nada de ese momento y tampoco querían presionarle demasiado después de todo lo ocurrido. Al haberse instalado, Astrid y Lucas decidieron ir a investigar juntos el pueblo, mientras que su madre acababa de recoger todo y preparar la cena de ese largo e intenso día. Por su parte, Aldo necesitaba descansar. Se sentó en el cómodo sillón del salón principal y encendió el televisor para ver su programa preferido. Su mujer empezó a preparar la comida, cuando de repente escuchó un sonido curioso proveniente del comedor. Fue directamente hacia allí y concibió el mayor grito que jamás había salido de su boca al ver a su marido en el suelo intentando gritar su nombre, retorciéndose por el suelo desorientado, con los brazos y piernas inmóviles, los labios curvados y hablando de una manera muy inusual.

- Hola Charlotte, gracias por haber llamado la ambulancia, me acaban de decir lo de la operación que me harán en unos instantes —susurró Aldo en tono triste y desde su

silla de ruedas—. Antes de entrar allí, debo decirte algo para irme tranquilo en caso de que algo no salga según lo previsto.

-¿Puedes parar de decir estas cosas tan negativas por favor? —imploró Charlotte con los ojos llorosos—.

-Durante estos últimos tres años, te he sido infiel. —dejó caer Aldo secamente—.

A Charlotte se le cayó el alma a los pies tras esa confesión al tiempo que veía como se llevaban a su marido por esos lúgubres pasillos sentado en la deteriorada silla de ruedas con los brazos colgando y la cabeza cayéndosele por un costado de la silla. Llena de dudas y con el suelo repleto de lágrimas enfurecidas, se preguntó a sí misma por dentro: “Realmente no sé si has sido valiente o un completo cobarde”.

Perdre'm per existir

El murmuri de la multitud rebota per les parets dels carrers del barri gòtic on rarament camina la gent. Les bosses que piquen entre elles amb la incertesa de saber què hi porten a dins. Passos amunt, passos avall. Les llums il·luminen el més mínim detall dels carrers foscos del gòtic. Algú entona un do sostingut acompanyat d'un violoncel i un radiocasset al carrer de la Pietat. La gent se'l mira de manera atònita i sense desenganxar-se dels seus telèfons, grava un 'instastorie'.

M'aturo i respiro. Algú està fumant un cigarro i no sóc jo. Miro al meu voltant. Una massa consistent camina pels carrers del gòtic conformant-se en un metamòrfic laberint on nosaltres som les formigues, i on ells són les escapatòries. La majoria segueix els passos dels de davant sense saber el seu destí. Altres decideixen perdre's en la foscor dels carrers.

Un d'aquests sóc jo. Decideixo apartar-me de la multitud. Decideixo escapar-me de paraules que en molts casos estan buides de significat. Decideixo sortir de l'embolic, dels prejudicis, del que es considera normal dies abans del Nadal.

Sé que no és el meu lloc, però tampoc em considero l'ovella negra del ramat. Em considero l'ovella que no és conformista. L'ovella que trenca amb els esquemes.

Passes més enllà torno a aturar-me i respiro. M'adono que no sé on sóc, però encara escolto de fons la gent, les bosses i la música que omplen els carrers que porten a la Fira de Santa Llúcia i al Portal de l'Àngel.

Encara vull perdre'm més. Perdre'm per escoltar el silenci. Perdre'm a través dels murs que sense voler-ho m'expliquen històries. Algunes fosques, d'altres amb sentiments a flor de pell. Vull perdre'm per estar sol. Estar sol per saber qui sóc. Saber qui sóc per existir.

Entre unas cosas y otras

“Consolad, consolad a mi pueblo” (Isaías 40,1)

Están todas muy inquietas, dice la chica de la puerta. Conforme avanza el mes de diciembre, el ambiente de la residencia se va cargando de tensión. Aquí estos días “tan especiales” son como un fusil con mucho retroceso. A estas edades, las ilusiones acariciadas durante largos ratos de soledad pueden jugar una mala pasada. Parece casi cruel.

El edificio donde vive mi abuela hace días que acusa el golpe: espumillón, bolas baratas y pesebres de plástico. Las figuritas del belén son iguales a las que teníamos cuando éramos pequeños. Jugábamos con ellas como si fueran clicks de Playmobil y acababan todas despintadas. Estas también... pero de viejas. Aquí todo es viejo: el edificio, las residentes y las monjas que llevan la casa. La germana Carme, que se encarga de la zona de mi abuela, tiene la cara como esculpida, surcada por unas profundas arrugas. Antigua como una esfinge egipcia, parece eterna. Sin embargo, no lo es y un día faltará.

Mi abuela tampoco estará siempre. Cada año puede ser el último, me digo al subir los escalones. Por esto es importante estar aquí. Mientras cojo su mano huesuda, de piel transparente y venas delicadas, comenta: Hay una monja nueva, colombiana. Está en la entrada por las tardes. Tan joven, la había tomado por una recepcionista. Cuando me despido, mi abuela transpira placidez y sonrío desde la silla de ruedas, camino del comedor. También yo estoy mucho más relajado: el tiempo se ralentiza al entrar en esta residencia. En realidad, estar aquí es importante porque para ella es importante. Ya en la calle, pienso: Y puede esperarlo. Tiene derecho.

Falta poco para la cena de nochebuena y todo bulle. Así, entre unas cosas y otras, pronto podremos decir que ha llegado otra Navidad.

Amor

Ana tiene 9 años, está en el comedor de su casa acabando la carta para Los Reyes Magos, llenándolo de purpurina y pegatinas navideñas en las que expresa su ferviente deseo de ser astronauta y poder tocar la luna. Pero no sabe que será la última vez que lo haga. Un años más tarde, entrando por completo en la vida adulta y deja de ser una niña, lo que pide es aquello que antes le sobraba y que actualmente va desapareciendo a medida que se hace mayor, el espíritu navideño. Pero no solo para ella sino para toda la familia, últimamente siente que se ha tomado la Navidad como una obligación en vez de como algo para disfrutar y estar todos juntos. Ella piensa que es tarde para pedirlo este año pero a lo mejor el que viene entre todos deciden dejar a un lado los rencores entre hermanos o los reproches entre abuelos y nietos y hacen que sus únicas prioridades sean cantar villancicos y ganar unos quilillos a base de polvorones de canela. Aquella ilusión de abrir los regalos mientras nuestros padres, tíos y abuelos se tomaban una taza de chocolate caliente y sonreían al vernos tan felices.

A medida que pasaba el tiempo, decidió sentarse una vez más en su comedor, y escribió una sola palabra, AMOR, es un secreto que los ojos no saben guardar. Rellenó la carta con purpurina de color rojo y lo metió en el buzón. Ana espera que su deseo no sea muy difícil de cumplirse, pero sabe bien claro que todos intentarían poner un poco de su parte para hacerlo realidad.

La bufanda verde

Un día de Navidad, un niño de ocho años llamado Gabriel se despertó, y sin darse cuenta tenía una sonrisa en la cara. Se sentía muy feliz por dentro, era el día de Navidad. Sin embargo, ve a escasos metros a su vecino, y más adelante a su otro vecino, y la sonrisa se le empieza a borrar de la cara. Papá los llamaba vecinos nómadas.

Ve que pasa por la calle un niño de su edad junto a sus padres, el niño llevaba una bufanda de color verde en una bolsa, ésta se cae al suelo y ninguno se da cuenta. Gabriel se fue corriendo a cogerla para dársela, pero en cuanto se acercó vio que el padre del niño había ido corriendo para que Gabriel no llegara a tocar la bufanda. Miró al padre y luego al niño, éste le miraba con aflicción.

A Gabriel no le importaba no tener regalos otra vez el día de Navidad, ya que al menos el día 25 de diciembre de cada año tenían una buena comida. Un tazón de sopa y un trozo de pollo con verduras, además siempre le daban en aquel lugar una bolsa de plástico con un poco de legumbres, fruta, arroz, aceite y galletas. Era su día favorito.

Desgraciadamente le tocaba volver a casa, y la noche y el frío ya llegaban. Curiosamente Gabriel y su padre volvieron a ver a la misma familia de aquella mañana. Gabriel ve que el niño le está mirando y empieza a correr hacia su dirección, el padre intenta atraparlo, pero no lo consigue.

—He visto que antes por la mañana tenías frío, así que te doy esta bufanda para poder calentarte un poco —dijo él.

Al instante una lágrima desciende por la cara de Gabriel.

—Gracias, es el único regalo de Navidad que me han hecho —dijo entre sollozos.

El gordo

El atuendo diario de Nicolás eran los camisones blancos con cinco botones en la espalda. Nicolás tenía 15 años y llevaba 2 tumbado en la cama rígida del Hospital Cruz Roja de Bilbao. Dos años atrás, perdió la capacidad de caminar por un accidente de coche con su madre y desde entonces, no volvió a sentir ni a pisar el suelo. Esta lesión en la médula espinal impedía que la información del cerebro le llegará a los músculos.

A pesar de la discapacidad, su actitud era lo que le definía y en su habitación, número 03347, solo se respiraba paz y felicidad. Como él decía: «la única discapacidad que padezco es la falta de energía por las mañanas». Le encantaba la papiroflexia y siempre que se acercaba diciembre regalaba figuras de animales a todos los niños enfermos de su pasillo. Incluso decoraba las puertas de las habitaciones con dibujos de guirnaldas, de los Reyes Magos, de Olentzero...

En el hospital le llamaban San Nicolás porque contagiaba su espíritu navideño a todos los pacientes pero, aquel año, el 22 de diciembre de 2018, le llegó a él el mayor regalo. Un grupo de científicos había creado un implante que le permitiría trasladar la información del cerebro a sus piernas. De esta manera, su discapacidad se regeneraría.

–No cabe duda que este año han cantado mi número de habitación. –dijo Nicolás mientras terminaba la figura del reno.

El tornillo de debajo de la cama

Hace unos años disfrutaba de mi niñez con la consola. No prestaba atención a mi alrededor, de hecho, ni me importaba. Mis padres insistían en que dejara de jugar y prestara atención a mi familia. Siempre me decían lo mismo: «Estate con tu abuelo que algún día te faltará y ya no podrás disfrutar de su compañía». Pero, ¿por qué? ¿Por qué debía estar con él? Si solo hacía que hablar de cosas sin sentido. No sabía hablar de nada de lo que me gustaba. Se quedó unos días en casa. Pasé por la habitación de mi abuelo de camino a la mía y su puerta estaba entreabierta. Yo pensaba que estaría durmiendo pero al abrir la puerta, me lo encontré en la mesa con un destornillador en la mano. Al oír mi fuerte pisada frente a la puerta, vi cómo veloz como nunca antes había visto a nadie, escondió todo el material en el cajón de debajo. Le pregunté que qué estaba haciendo a lo que él me respondió: «Si te lo dijera, no me creerías». Quería saberlo. «Trabajo como reparador de juguetes para Papá Noel. ¿Por qué crees que no me ves en todo el año?».

Años más tarde descubrí que trabajaba en una tienda de reparación de juguetes cerca de donde vivía él: a unos mil kilómetros de nosotros. Llamadme loco pero yo me lo creí. ¡Mi abuelo ayudaba a Papá Noel! Él consiguió que dejara la consola e hizo que mis Navidades fueran mágicas pasando tiempo con mi familia.

Ahora vivo con mi mujer y mi hija y un día, la pequeña me trajo un tornillo que en su cabeza llevaba inscrito una frase: «Esto es propiedad del Polo Norte». Me dijo que lo había encontrado debajo de la cama donde solía dormir el abuelo...

Incertidumbre por Navidad

El olor a jengibre me hizo levantarme de la cama. Como era costumbre cada 25 de diciembre la cocina de casa se convertía en la de un restaurante con chefs profesionales. Aunque todo parecía ser normal, un presentimiento no paraba de rondar por mi cabeza.

Después de una larga ducha y el chándal más cómodo del mundo, me dispuse a ayudar en la cocina. Emily, mi hermana mayor, se encargaba del postre. Mis padres preparaban los platos principales, que solían ser pollo al horno con patatas y un revuelto de verduras. Y Michael, el pequeño de los tres, me ayudaba a preparar el aperitivo. Cantábamos y reíamos al ritmo de los villancicos, pero en mi cuerpo seguía ese malestar de incertidumbre.

Después de una larga mañana, acabamos todos estirados en el sofá. Michael, como ya era costumbre, propuso mirar videos y fotografías de cuando éramos pequeños. Sin esperar respuesta se fue directo al despecho en busca de las cintas, y yo fui tras él para ayudarlo. Empezamos a remover entre las cajas. Se notaba que hacía tiempo que nadie bajaba allí abajo porque estaba todo lleno de polvo. Con las cintas listas y dispuestos a subir, las letras de una caja me llamaron la atención. La abrí sin pensar en las consecuencias.

Eran carpetas con todo tipo de papeles. Parecían libros de familia y fichas de hospital. No entendía nada así que empecé a leer entre líneas. Algo me dejó sin aliento. No podía ser real lo que mis ojos estaban leyendo. No supe reaccionar, así que cogí esos papeles y me los escondí en la chaqueta. Aún tenía que pensar cómo hablar con mis padres. Mi presentimiento no había fallado. Y sin ninguna duda, se habían convertido en las navidades menos esperadas de la historia.

Cierra los ojos y nos entenderemos

Son las 23:25h cuando llegaron del largo viaje; el oscuro y gélido frío asalta su, débil, cuerpo. Pasa la puerta y una oleada de amor, hace que entre en calor. Los abuelos, rápidamente fueron los primeros en darle la bienvenida a este pequeño miembro, a su nueva gran familia. Llegó a la cocina, donde ese olor característico a comida casera invadía el olfato; sus tías, que se estaban rifando en cogerle, le dan besos y achuchones y se alegran de ver una sonrisa con tanta inocencia y pureza en casa. En la mesa del comedor está el resto de la familia: sus tíos, primos y la bisabuela, que se quedan jugando con el pequeño, embobados y riendo con todas las graciosadas que hace; sus grandes ojos, llenos de curiosidad al ver a toda esa gente colmando le de atenciones, y él a modo de gratitud a todo ese cariño, les regalaba una enorme sonrisa. La noche avanzaba, los peques de la casa ya habían recibido la visita de Papá Noel y jugaban con sus regalos. El pequeño, con los ojos como platos, tenía una sonrisa de oreja a oreja; que representaba la pura Navidad: la ilusión. Hacen un brindis: «¡Por Sergio, el nuevo miembro!». El clima sería el que el jovenzuelo se encontraría siempre: amor de familia, aquel que no se puede comparar. Cada año que pasa, el pequeño va creciendo y nada cambia, esos abrazos entre nuestros seres más queridos y los momentos vividos con cada uno de ellos, hacen que desee volver. Por contra, con el paso de los años, sin quererlo ni desearlo, como es ley de vida algún familiar va faltando; pero siempre perdura en nuestros corazones y nuestro recuerdo. A pesar de esto, la Navidad supone: unión, ilusión, alegría y familia.

Anhelo

Hoy es Nochebuena y espero que aparezca pronto. Hace tiempo que le espero. Se fué y me dió un beso en la frente. No me dijo nada pero su cara hablaba por sí sola. Supe en el momento en el que me miró a los ojos que no era un adiós definitivo. Que volvería tarde o temprano.

Estoy sentado en la calle. Está empezando a caer un poco de nieve. Recuerdo cuando pasé mis primeras Navidades con él. Estábamos en su casa de campo. Había muchísima nieve fuera. Y justo yo acababa de llegar a la familia. Jugábamos todo lo que él podía, en la nieve, fuera. Me acariciaba la tripa mientras estaba tumbado en el blanco tapiz. Como me gustaba aquella sensación. Siempre que podía me acariciaba. Me hacía mimos.

Me besaba en la cara. Me sentía querido. La gente pasa por mi lado. Se me queda mirando. Algunos se paran a acariciarme, pero no me inmuto. Parece que tengan lástima por algo cuando me miran. No se que será. Yo sigo pendiente de la carretera. Sé que llegará en cualquier momento. Estoy seguro.

Apenas unos instantes atrás acabamos de salir de casa. Nos hemos montado en el coche. Se estaba gritando con sus padres. Parecía triste al empezar a conducir. Yo me he preocupado. Me he acercado y he empezado a lamerle la mano para consolarle. Enseguida ha surgido efecto porque ha sido cuando ha alegrado la cara. Poco después se ha parado y nos hemos bajado. Ha sido cuando me ha dejado atado al poste. Seguro que vuelve enseguida.

Ayer fue Navidad. Sigo esperando a que venga. Tengo mucha hambre y frío. Me gustaría tenerle a mi lado para que me acariciase la tripa y me diera calor. Cómo anhelo esa sensación. Seguro que viene. Vendrá.

Blanca Navidad

Me llamo María, tengo 78 años, soy lo que se dice una anciana, una vieja, una mayor, una abuela, aunque no tengo nietos, me dicen abuela. Sufro de frío; para los abuelos, el frío es cosa seria, diciembre para muchos es sinónimo de Navidad, para los viejos es sinónimo de frío, tenemos que salir con ropa térmica, doble calcetín, triple playera, chaqueta con forro, bufanda de lana, gorro, impermeable, guantes y hasta sombrilla! Ya bien podríamos colgarnos también unas cuantas esferas y luces como las del árbol de navidad de tanta cosa que llevamos encima!. Vivo en una residencia de ancianos sobre la rambla de Poblenou, muy cerca de la playa. Todos los días, mis paseos tenían la dirección del mar, caminaba para llegar frente a ese infinito azul donde la mirada se pierde, no me cansaba de verlo, mi ojos si, como cuando miras fijamente sin parpadear y se secan los ojos, entonces los cerraba, solo para comprobar que seguía mirándolo, en mi recuerdo inmediato. Solía pasar mucho tiempo de pie o sentada en una banca entre dos palmeras, mirando el mar y mirando a la gente pasar, gente corriendo, en bicis, en patines, patinetas, de la mano, en familia, hablando por teléfono, gente vendiendo cosas, paseando a sus perros, niños saltando, niños llorando. No sé en qué momento se han instalado los años en mis piernas que han decidido no moverse más, hoy es Navidad y solo me gustaría cerrar los ojos para siempre, entonces una chica mueve mi silla de ruedas y me lleva frente al mar, siento de nuevo la fresca brisa, sonrío, regresamos a la residencia donde veo las cabecitas blancas alrededor de la mesa, sonrío de nuevo, la vida vale la pena con amigos.

La carta de Navidad

Durante las últimas décadas se han dado muchos cambios. Los niños ya no imaginan a Papá Noel bajando por la chimenea de su casa para dejar los regalos.

Las familias ya no dejan un tentempié para los renos. Los pequeños ya no temen encontrar a Santa Claus dejando los regalos bajo el árbol. Ahora pueden quedarse despiertos hasta tarde como en cualquier otra noche del año. Lo importante ahora es desenvolver los paquetes de todo aquello que han querido. Ha quedado atrás el ritual de escribir una carta con los deseos originados en catálogos de juguetes. Mi figura ha sido eclipsada por la de un paquete envuelto con un lazo. Se ha perdido el espíritu navideño. Ahora ya no se premian las buenas acciones y la gente ni siquiera piensa en ello. En Navidad cualquiera tiene regalos. Y como la gente ha dejado de creer en mí, sólo piensan en los regalos sin esforzarse en su día a día.

Esta va a ser mi última navidad y ahora te toca a ti tomar mi labor. Yo ya llevo décadas en el oficio y es momento de dar un paso atrás para que seas tú el que pongas en práctica todo lo que has estado aprendiendo estos años. Pero te pido que no te equivoques como lo hice yo y sepas tomar las riendas del mejor trabajo del mundo. Demuestra a los niños que sin Papá Noel se pierde la magia de la navidad y trata de volver a inculcar los valores que la representan en realidad.

De repente oí como picaban a la puerta. Entró mi hijo.

- Papá, ¿qué estás haciendo?

Inmediatamente, guardé lo que había escrito en mi bolsillo, esperando a que llegase el momento adecuado para que lo leyera.

Natare

No sé si fue la luna o el puñado de estrellas lanzadas en el cielo. No lo sé.
Pero el insomnio en la noche del 25 de diciembre se tornó bello, fue la primera vez que vi la nieve caer sobre mí.

Y salí al tejado, de tejas, inclinado. Parecía que nadaba entre las nubes. Mis pies dejaban huellas de humo, livianas, efímeras.

Empecé a acelerar a derrapar aprendí a coger velocidad. En una de mis carreras nocturnas prendí una bengala e iluminé la estrella polar. Durante un segundo. Suficiente para que los reyes de Oriente encontrasen a ese niño.

Y como un acróbata en medio del vacío quedé atrapada en este lirio cuyos pétalos encierran el atardecer nocturno. Un ancla en la bóveda celeste. La estrella de Belén, como a ellos les gusta verme.
Esa noche, siguió nevando.

Destructor de infancias

Carlos era el pequeño de tres hermanos y como cada víspera del 25 de diciembre se iba a la cama con una sensación extraña. Él estaba encantado de recibir regalos de Papá Noel, pero siempre le había inquietado la idea de que un gigantesco hombre con un abrigo rojo (cortesía de Coca-Cola) entrase en su casa con completa facilidad. Pero este año será distinto - pensó. Había planteado muchas veces esta difícil decisión, pero cada año la duda se apoderaba más de su mente. Tan solo quería, no conocerlo, sino saber la habilidad y/o agilidad que poseía.

Decidió esperarle, desde la comodidad de su cama. Pasado unos minutos oyó un ruido. Carlos se levantó, aunque atemorizado, también intrigado. Cruzó el pasillo que llevaba al salón. Al llegar ahí observó que todo seguía cómo era habitual. Estaba ahí el árbol, los calcetines, unas galletas y un pesebre.

Prefirió sentarse antes que volver a su cama, porque así se ahorraría el trayecto constante de ida y vuelta. Se sentó en el sillón de su padre y esperó. Desde la chimenea se escuchaban constantes golpes, Carlos ya no sabía si quedarse o irse. Es ahora o nunca- pensó. La chimenea se tambaleaba, se asomaban unas botas de cuero, y de aquellas botas evolucionó un cuerpo con un abrigo rojo.

Carlos no se sorprendió, era lo que siempre le habían dicho. Ahora solo quería conocerle. Le tocó un brazo, este le miro. La cara de Carlos fue tan terrorífica que ni siquiera el pobre narrador de esta historia puede describirla, se apartó hacia atrás y se dispuso a hablar. ¿Papá?

Hogar

Era 24 de diciembre de 2019. Por fin habían encontrado la familia perfecta para Marco. Por fin, después de sus 5 añitos de vida, iba a tener unos padres que le quisieran y lo cuidaran.

Finalizaron los últimos trámites de adopción y casi de inmediato la ahora ampliada familia Gallagher se subió al Monovolumen familiar y se dirigió a su acogedora casa. Cuando llegaron, al pequeño se le iluminaron los ojos, nunca había visto tal belleza. Toda la calle estaba decorada con luces de todos los colores indicando que la navidad ya estaba más que cerca.

Aun con la boca abierta el niño entró a su nueva casa, había espumillón rojo y verde por todo el salón, pero eso no fue lo que más le impactó, en el centro de este se encontraba un pino de un verde intenso repleto de bolas plateadas en las que Marco se reflejaba de lo brillantes que eran.

Después del largo día de adaptación al nuevo hogar, los padres adoptivos de Marco lo acostaron en su pequeña pero agradable habitación.

Al día siguiente, al oír cascabeles que parecían proceder del piso inferior, Marco dio un pequeño salto bajando de su cama y se dirigió al salón.

Al llegar se encontró cuatro paquetes que no había visto la noche anterior debajo del árbol.

No entendía nada, dos de ellos tenían su nombre ¿qué significaba eso?

Minutos después aparecieron los señores Gallagher en pijama, abrían la boca en modo de sorpresa, pero Marco seguía sin reaccionar.

Los nuevos padres de Marco se quedaron asombrados, pero rápido comprendieron que en el orfanato no celebraban la navidad.

Se alegraron de que fueran a asistir a la primera mañana de apertura de regalos de Marco. Se sentaron junto a él y empezaron a abrirlos juntos como una preciosa familia.

Una noche

Es la noche del 23 de diciembre de 1953, Parker White, un vagabundo de 23 años se encontraba caminando por la avenida Jackson en el pequeño pueblo de Sayland, sin rumbo, esperando a que el silencio se apodere de las calles. Parker lleva viviendo en la calle desde hace dos años, y es reconocido por varios habitantes, el cual lo describen como un chico solitario. Es más frecuente verlo a partir de las ocho de la tarde, donde se pone al lado de tiendas a pedir dinero, nadie nunca lo ve durante el día.

Ese día Parker se sentó al lado de la tienda Silver Button, una de las tiendas más caras del pueblo, donde se venden joyas y ropa de marca. Hacía las nueve y cuarto de la noche, Parker se levantó y fue a un pequeño descampado que se encontraba cerca a mear, cuando volvió observó que había un señor encapuchado con una pistola apuntando a la dependienta y haciendo señas a la caja registradora para llevarse el dinero. Sin pensárselo dos veces, Parker entró a la tienda corriendo abalanzándose por detrás encima del atracador y tumbándolo al suelo, haciendo que la pistola cayera y que la dependienta pulsara el botón de emergencia para avisar a la policía. Parker agarró la pistola y apuntó al atracador, esperó así hasta que al cabo de dos minutos llegó la policía. Una vez al atracador se lo llevaron en el coche de policía, Parker salió de la tienda sin decir nada. Se estaba alejando cuando de repente de la tienda salió la dependienta y lo alcanzó. La dependienta, una mujer de 65 años, la cual era la jefa del negocio, invitó a Parker a pasar la Navidad con su familia y ayudarle a encontrar trabajo. En ese instante Parker se despertó, era un día normal, nada había pasado, era todo un sueño.

Milagro navideño

Hugo era una persona que nunca había celebrado la navidad. No porque no quisiese, sino porque su padre no creía en el espíritu navideño. Siempre decía que la Navidad sólo era un día para ver quién tenía más regalos y que era una estupidez celebrarlo. Hugo le decía que lo entendía, pero en realidad no lo sentía así. Todos los años, en Nochebuena, Hugo se iba a la habitación después de cenar y allí se sentaba al lado de la ventana, mirando hacia las estrellas, y pedía un deseo. Un deseo que pedía a Papá Noel o a quién le estuviera escuchando de que le demostraran a su padre que si existe la Navidad y los milagros navideños. Nunca pasaba nada, pero Hugo no se rendía y lo seguía haciendo cada año. Sin embargo, ese año fue diferente. Cuando se fueron a dormir, Hugo se despertó de repente al escuchar un golpe que provenía del exterior. Pensó que habrían sido las ramas de los árboles así que se volvió a dormir. Minutos después, volvió a oír otro golpe así que, decidido, saltó de la cama y fue al garaje a coger una linterna.

Abrió la puerta de casa lentamente y empezó a mirar por el porche. Al no ver nada, volvió hacia la puerta, pero cuando iba a abrirla, escuchó el golpe otra vez. Se giró de repente y vio la bolsa de la basura moverse, se acercó, apartó la bolsa i vio un perro pequeño y sucio comiendo de ella. Lo logró coger y lo llevó a dentro. Lo baño y lo puso junto al fuego para que se calentara. Fue a la cocina y vio el reloj; ya era Navidad. Miró por la ventana, hacia las estrellas y murmuró: “gracias”.

La última nit de l'any

Era la última nit de l'any. Cada cop el sol s'anava ponent i les llums de Nadal es van encendre. Feia fred al carrer. La gent anava esbojarrada pels camins de vianants. Anaven amb les famílies per anar a celebrar el cap d'any. Dins de l'hospital es sentien les altres famílies que estaven amb els pacients de les altres habitacions. Mica en mica anava desapareixent el soroll que feia la gent al parlar. De la poca gent que hi havia al passadís, només van quedar els pacients que anaven passejant per els passadissos de l'hospital. En Toni, un nen de 16 anys, estava a l'habitació sopant. La seva primera nit de cap d'any que estava sol. Mirant per la finestra que donava a l'exterior es va fixar en un grup de persones. Va començar a recordar aquells moments que deia festes a cap d'any amb la seva colla i que ara ja no hi pot fer-les. Amb un somriure forçat i la mirada capbaix, es va aixecar per anar al bany. De camí al bany es va trobar una un tros de paper vermell amb una nota escrita: "habitació 312". Es va guardar la nota a la butxaca i se'n va anar al bany. Es va mirar al mirall. Tenia els ulls llagrimosos. No es va poder sostenir i va esclatar. Amb els ulls brillants va agafar paper higiènic i es va netejar la cara. Va tornar a la seva habitació. De sobte va veure una ombra. La va perseguir. Fins que va arribar a la 312. Va veure com siluetes dins de l'habitació. Es van encendre les llums. Van cridar: "feliç any nou i moltes felicitats!". En Toni, amb els ulls llagrimosos, va saltar d'emoció. Amb un somriure que ja deia de per si.

Una historia corriente

Un cuento, un cuento de Navidad del cual todo el mundo espera que sea el típico y que cuente lo mismo. Una historia de amor o bien como la familia se reúne. Todo el mundo busca un personaje principal, en este caso soy yo, nunca esperéis que soy ni quién soy. Un árbol de Navidad tiene muchísima vida. Aunque no lo creáis vivimos momentos inolvidables y yo he tenido la gran fortuna de ver como mis niños crecen y ver como ellos creaban su propia familia.

Escucho a Clara canturrear canciones de Navidad por toda la casa y preguntando si puede sacarme y decorarme. Este año me han exornado el segundo sábado del mes de diciembre, mientras escuchábamos villancicos. Debo admitir que no son los que escuchaban cuando Elena, la madre de Clara, me ornamentaba junto a su hermano. Ahora escuchamos a Mariah Carey y a un tal Michael Bublé, tengo que aceptar que me gustan mucho más que los de antaño.

Este año, Clara ha decidido vestirme con diferentes colores. Brillantes esferas de color rojo, dorado y verde cuelgan de mis ramas. El espumillón, en cambio, es del mismo color, plata ¡me da tres vueltas completas!. Este año mi momento favorito ha sido cuando Sara, la hermana pequeña de Clara, a balbuceado : “papi, quiero poner la estrella” y él ha asentido. Nada más oír eso, Clara se ha enfadado ya que ella es la que me corona cada año con una hermosa estrella dorada. Después de que Clara hablara con su padre, ha acabado aceptando a regañadientes que la pusiera su hermana. Cuando en mi copa yacía la estrella, las pequeñas chillaron al unísono “¡ya es Navidad!” Y con una sonrisa fueron a abrazar a sus padres. ¡Qué bonita es la inocencia!

Els ulls petits, glaçats

Lluïa un anorac gruixut, caputxa posada. Els ulls petits, glaçats. I tremolava. Amb les mans havia apartat el baf de l'aparador i semblava embadalida per alguna cosa que hi havia a l'altre costat del vidre.

Un pessebre modest, enmig de llibres. Figures de guix, gastades, i una cova feta amb contes de mainada. A sobre, una estrella de paper de plata custodiada per un àngel, també gastat. No et puc dir que nevés, perquè aquí no neva mai. Però l'ambient acompanyava. Bombetes, estrelles, garlandes. I pressa, sobretot pressa. Passaven a tota velocitat bufandes, gorros de llana i jaquetes empalfades. I enmig del rebombori, una postal magistralment enquadrada pel marc de la finestra. Jo me la mirava des del taulell, enganxant t'estimos als paquets embolicats. I vaig aprofitar un moment de poca clientela per sortir de la botiga i posar-me dret al seu costat. Portava un perfum fort, familiar. I n'estava convençut que l'havia flairat abans. Vaig aclucar els ulls per centrar tota l'atenció al nas. Aquella olor... aquella olor l'havia sentit a casa, vora la llar de foc un vespre de Nadal. Era una aroma que em recordava al somriure de la mare entre nadala i nadala. També juraria que la capa dels reis mags desprenia una essència semblant quan creuaven els carrers a principis d'any. A estones, en canvi, hauria jurat que ensumava el rostit que preparava l'àvia el dia de Sant Esteve. I llavors vaig tenir la certesa que aquell perfum era el dels records oblidats de Nadal. Vaig obrir els ulls per acompanyar de color aquella fragància. I em vaig trobar sol, tremolant, davant d'un pessebre modest enmig de llibres. Vaig girar el cap a banda i banda. Però aquells ulls petits, glaçats s'havien fos.

Em vaig ajupir, a l'alçada d'aquella caputxa que acabava de desaparèixer. I em vaig preguntar, amorrat a l'aparador, si tota aquella gent que tenia pressa sabia que és Nadal.

Realidad

Me había imaginado este día de mil formas diferentes. Todas únicas a su manera ya que siempre era lo que deseaba.

Navidad, 25 de diciembre, me despierto con la risa de mi hermana pequeña emocionada, y de fondo escucho: “¡Los regalos, los regalos! ¡Corred, venid todos!”. Una sonrisa se dibuja en mis labios y me levanto deprisa para ir con ella, me encanta ver la alegría que desprende este día en mi familia. Definitivamente esta es la época del año que más adoro.

Wendy nos reparte los regalos para que empecemos a abrirlos y observo como todos la obedecen. Mi padre recibe una cámara, mi madre se sorprende con un collar y mi hermana descubre el castillo de muñecas más grande que había visto. Entre todo el desorden, consigo coger mi paquetito y salir a la terraza. Es una cajita envuelta con un papel de regalo navideño, en ella solo hay una etiqueta que pone: *Para Vicky*.

Rompo el papel con cuidado y abro la caja negra que encuentro. Para mi sorpresa, dentro solo hay un papel doblado. Frunzo el ceño y lo leo: Abre la puerta . Extrañada voy a la entrada, y ahí estaba él, el chico del que llevaba enamorada toda la vida. Lleva un traje azul y un ramo de rosas en la mano. Consigo preguntarle qué hace aquí, él sonrío: “La Navidad es para estar con las personas que más quieres, y a quién más quiero yo en el mundo es a ti”. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y con el muérdago sobre nuestras cabezas nos fundimos en el mejor de los besos.

Ahora me doy cuenta que este es el mejor regalo de Navidad que podrían hacerme, y que me había imaginado este día tantas veces, que simplemente es lo que hacía, imaginarlo.

Cuento de Navidad

La Conferencia de Regalos de Navidad de aquel año estaba llena hasta la bandera. A ella habían acudido todos los jugueteros del mundo y los que no podían faltar nunca, los repartidores: Santa Claus y los Tres Reyes Magos. Como todos los años, las discusiones tratarían sobre qué tipo de juguetes eran más educativos. Divertidos o sobre el tamaño...

Pero algo ocurrió que hizo aquella conferencia distinta de las anteriores: se coló un niño. Y dijo este:

- Yo entregaré todo lo que no puedan llevar ni los Reyes ni papá Noel.

Los asistentes rieron a carcajadas durante un buen rato sin hacerle ningún caso. Mientras reían, el niño se levantó, dejó escapar una lagrimita y se fue de allí cabizbajo...

Aquella Navidad fue como casi todas, pero algo más fría. En la calle todo el mundo se respiraba un ambiente poco navideño y cuando los niños recibieron sus regalos, apenas les hizo ilusión, se estaba apagando la chispa de la navidad.

Al año siguiente volvió el crío pero esta vez acompañado de su madre, la cual era muy hermosa:

Al verla, los tres Reyes dieron un brinco y gritaron:

«¡María!», y corriendo fueron a abrazarla. Luego, la mujer se acercó al estrado, tomó la palabra y dijo:

- Todos los años, mi hijo celebraba su cumpleaños con una gran fiesta, la llenaba toda con sus mejores regalos para grandes y pequeños. Ahora dice que no quiere celebrarlo, que a ninguno de ustedes en realidad le gusta su fiesta, que sólo quieren otras cosas... ¿se puede saber qué le han hecho?

Finalmente, todos tanto los jugueteros como los reyes magos y Santa Claus se dieron cuenta del enorme error que cometieron y recuperaron de nuevo el espíritu de navidad.

Lo extraordinario une

Como cada 25 de diciembre, este año nos hemos reunido toda la familia en casa de mi abuela Felicia. Mientras ella y mis padres cocinan el menú de Navidad, mis tíos preparan la mesa y acondicionan la sala que acogerá a los familiares. Yo, Júlia, con tan solo 10 años entretengo a mis hermanos y primos. Al principio, les cuento las historias que mi abuelo solía explicarme hace unos años, cuando todavía se encontraba entre nosotros. Después de estos gratos recuerdos, hacemos guirnaldas con papeles de revistas antiguas y las colgamos por toda la casa.

Una vez están los preparativos terminados, nos sentamos en la mesa y compartimos las experiencias y anécdotas que hemos vivido durante este año. Además, el tío Luís siempre tiene algún que otro chiste nuevo que contar. Sin embargo, este año no está mucho por la labor y nada más acabar de cenar se ha puesto a ver la televisión.

Ante esta actuación, los adultos han cogido sus móviles y han empezado a hacerse selfies para enviarlos por el grupo de WhatsApp de la familia, mientras que los más pequeños se han puesto a jugar con la Tablet. Yo prefería hacer algo diferente, ya que no se trataba de un día cualquiera; ¡era el día de Navidad!

Llena de impotencia, me he dirigido hacia la esquina del comedor para cantar y tocar un villancico que he aprendido recientemente en clases de guitarra. Mis hermanos han reconocido rápidamente la canción, quienes seguidos de mis primos se han incorporado al solo. No con poco esfuerzo, los familiares abandonaron sus entretenimientos cotidianos y se sumaron al concierto.

Con esto, me he dado cuenta de que a veces, se trata de hacer cosas extraordinarias, que al principio sorprendan, pero que acaben haciendo felices a las personas que tenemos a nuestro alrededor.

Llegar a casa

La navidad se acerca y mi alma se calienta. No solo porque para mi la navidad siempre ha sido en verano, sino porque mi familia y yo al fin estaremos juntos después de un año.

Tengo que admitir que lo que más espero ahora, es la comida de mi abuela, porque la comida de la resi no me gusta nada y he estado comiendo congelados todo este año. Mi primer año de universidad aquí en Barcelona me ha encantado, pero no hay nada como llegar a casa para las fiestas y celebrar las tradiciones con las que he crecido desde peque. Hacer el pesebre con todos mis primos, decorar el árbol de navidad, colgar luces por toda la casa, ayudar a mi abuela a preparar el pavo...

Levantarme el 25 de noviembre a las 7 de la mañana con los villancicos que pone mi abuelo de 89 años es algo imperdible a esta etapa de su vida. “El burrito sabanero” y “campana sobre campana” nunca faltan en mis navidades.

Lamentablemente los abuelos, nuestros padres y otros seres queridos, no son para siempre... pero yo mientras pueda, los visitaré siempre.